

PREMIADA LA POESÍA DE ANA ENRIQUETA TERÁN

El Premio Nacional de Literatura ha sido otorgado este año a quien ha dedicado todos los años de su vida a frecuentar la poesía y a dialogar con ella en muchas voces y en diversos parajes: Ana Enriqueta Terán. Esta decisión, tomada en medio de crisis y elecciones, de inquietudes vigilia ante lo que pasa en el mundo, y lo que pasa en nosotros, tiene el alto valor de recordarnos que ha existido entre nosotros una mujer creadora, siempre consciente de su oficio ("Esta ciencia tenaz de padecerte/ en la vigilia y en el sueño", dice en "Al Norte de la Sangre, un libro de 1946), que se salió de su cauce, el del río Momboy que atraviesa a Valera, por el mundo entero. Y al desbordarse por los más diversos lugares, unió la búsqueda de su oficio de poeta con su propia búsqueda.

Cincuenta años de errancia y de encerramiento. Entrega lúcida a muchos mundos nuevos: el Sur de América, el Caribe de aquí, la Europa que comenzó a conocer, probablemente, en Garcilaso, y que le dió otros amigos de gran talla, desde Lorca y Miguel Hernández hasta Rilke. Cincuenta años de fidelidad al patio y los aleros de su casa y a un gran linaje de una tierra donde ha sabido descubrir siempre la nobleza del espíritu y el batallar humilde de la gente. De esa peregrinación nos hablan tantos y tan distintos libros: **Verdor Secreto**, Montevideo, 1949; **De Bosque a Bosque**, Caracas; **Testimonio**, Valencia, 1954; **El libro de los oficios**; **Música con pie de salmo**, que es, hasta donde sepamos, su obra más reciente.

Largo viaje que termina en lo que ahora es un santuario: Jajó, donde la poetisa —como ella misma se nombra— ejerce serena y majestuosamente su oficio de poeta. Ya en Testimonio —esa plaquette que el Ateneo de Valencia publicó en 1954, quizás con la intención de iluminar aquellos tiempos oscuros e indecisos—, Ana Enriqueta Terán anuncia el regreso, enriquecida, a sus orígenes:

**porque soy la terrena,
la transida
que ya no puede andar
entre miradas**

Ese largo poema elaborado en un clima tan distinto a su piedemonte andino, Neuquén, piedemonte también, pero en la zona templada de esta América, nos muestra a una creadora transida por la misma preocupación de quien publicara después **Canto General**. En sus versos de entonces se entreteje la preocupación por su propio destino y el destino de nuestro continente:

**La vida quema fémures y en
humo
convierte el peso de las
ampollas
la vida escala lluvias y
gemidos
para alcanzar la joven
taciturna
americana noche me circunda
ordeño golfos, bosques,
soledades**

Quién podrá dejar de percibir en poemas como Testimonio la capacidad de Ana Enriqueta de abrirse con generosidad a todo mundo nuevo? ¿Quién dejará de asombrarse por la cariñosa empatía que esta mujer de antigua estirpe montañesa muestra en su poesía ante el mundo de

los pescadores de lo que fué su otro santuario, Morrocoy, en el Caribe venezolano.

Pero es el regreso a sus tierras lo que marca sus últimas obras. Ella, que desde siempre parece dueña de su destino (**Porque para saber lo que he sabido / mi corazón estuvo prisionero / y en amargas pasiones sumergido**), nos entrega en el más trabajado de sus libros, justo el que habla de los oficios, lo que más trabajosamente podemos llegar a descifrar: el hallazgo con su propio mundo, el encuentro con su propio canto.

Y este canto se expande en Música con pie de salmo. Allí el poeta humaniza sus fieras y juega con mansos animales. Allí, el león, el lobo, pero también el toro y los caballos se mezclan con antiguos caballeros de estampas y con rudos caballeros de estas tierras:

**El joyero dormía cuando la
octava niña retiró su anillo
de bronce...
Yo vaciaba mariposas negras
para el extenso manto
El caballero aceptó la espada y
el perro ofrecido por mi**

Hay en el canto de **Música con pie de salmo** la presencia de viejos arquetipos: cazadores, mártires y un gran orfebre. Pero hay también, armónicamente presentes, todas las metamorfosis de la poetisa. Madre, hija, mujer, también conocidos arquetipos pero contruidos aquí con voz propia y segura;

**Yo quise que mi hijo no
tuviera antifaz
pero un sol, viril ha
carcomido su rostro
Hermanas mías, Qué bellas
fuimos
Aún son bellas nuestras
sombras**

